

CARTA DESDE INFIERNO

ELENA GARCÍA QUEVEDO

Nada más llegar a Infierno, después de viajar desde Puerto Maldonado entre bosque y campos de cultivo, una se pregunta cómo será el paraíso. Lo descubre poco después, si quiere, cuando se dejar ir entre los remotos universos a los que ciertas sendas, y gentes pueden llevarle. Estamos en Perú, en el departamento de Madre de Dios, situado en el sureste de la amazonía peruana, donde hoy se llega a través del río Tambopata y de una carreterita de tierra. Aquí se abre uno de los grandes tesoros en biodiversidad del mundo; y también algunas paradojas que parecen llegar con la civilización. En la reserva Nacional de Tambopata-Candamo, y en el parque Nacional Bahuaja Sonene, que colindan con el municipio, hay 1.300 especies de aves, doscientas de mamíferos, 10.000 plantas protegidas, 1308 tipos y formas de mariposas; en sólo un árbol puedes llegar a encontrar 43 especies de hormigas que una tras otra corren arriba y abajo sin descansar un instante. Este lugar llegó casi ajeno al ruido del mundo hasta mediados del siglo pasado cuando el caucho, la madera y el oro atrajeron la inmigración, que hoy alcanza el 70% de la población de toda la zona.

El resto de sus habitantes forman parte de la comunidad indígena de los Ese'jeja, que en 1948 eran unas 15.000 personas, y hoy sólo llegan a las seiscientas.

Roberto Macías destaca entre ellos como un hombre sabio; quizá porque conserva la memoria de sus ancestros, y la aplica. O quizá porque cada día intenta mostrar al mundo el lugar y el saber en el que ha crecido para que se proteja la selva. Macías ha puesto las bases de proyectos tan dispares como albergues donde los extranjeros aprenden la medicina tradicional eseja con cuyas plantas tratan enfermedades incurables en Occidente, plataformas para fotografiar naturaleza, piscifactorías para comercializar peces únicos, etcétera.

Para llegar hasta él has de atravesar la plazuela de casas de madera con las que recibe Infierno, preguntar y seguir la senda que te lleva hasta el río. A la orilla del Tambopata, donde

los niños se bañan desnudos, gritas su nombre y esperas. Aquí no hay puentes, ni barcas de alquiler, o canoas que te puedan atravesar a cualquier hora. Sólo tienes tu paciencia, acunada por el fluir de las aguas, el ir o venir de las barcas, y el aleteo de las más grandes mariposas que jamás hayas visto.

Pasa el tiempo y Roberto, que vive y cultiva su chacra en la otra orilla, rema hasta que, tan serio que intimida, desciende a tierra firme. Frente a ti ves a un hombre común, de unos sesenta años, que sólo sorprende por su más de metro noventa, la delgadez del rostro, y los intensos ojos grises que parecen explotarte. “Esto es la selva. Has de saber lo que ocurre para escribir: Necesitamos desarrollar iniciativas comunitarias que den trabajo a los nuestros y respeten nuestro mundo, necesitamos comida”, te dice a modo de presentación, antes de hablarte de cómo la carretera transoceánica amenaza su forma de vida, también de cómo el consumo ha viciado sus costumbres y gentes, de que aún hoy se cambian los recursos de la selva por espejuelos. Roberto ríe después, al mirarte a los ojos, como buen narrador que sabe que ha de mostrar las dos caras de su historia: “He crecido en la selva virgen donde no ha llegado la civilización. Allí el hombre es uno más, respeta a la tierra. Nada hay fuera que se le parezca. Ve y cuéntalo”, te pide, como despedida

Cuando regresas a Puerto Maldonado ves la tierra removida de la carretera que unirá Brasil al Pacífico, los caminos que abren la selva donde se talan árboles a más velocidad que nunca; escuchas a los que han venido a hacer negocio, y a los que dicen preservar el saber indígena: sus plantas medicinales, las especies animales cuyos últimos ejemplares han llegado hasta hoy en el pulmón del mundo. Infierno en el paraíso; un sólo universo que puede salvarse.